

Como han visto los lectores, el imperio ruso da grandísima importancia a la instrucción pública en todos sus grados, presidiendo en su dirección un sistema descentralizador para la enseñanza, centralizador para la administración de los establecimientos, sagrados a difundirla.—El director de los Anales.

DIBUJO: su enseñanza en los colejos.—Artículo de don José Miguel Blanco, dedicado a los educacionistas i a los padres de familia.

Leíamos en *Las Novedades* un párrafo estadístico sobre el número de mujeres que viven en París ejerciendo diariamente la profesión de escultoras, pintoras, grabadoras, poetisas, literatas, periodistas, etc., etc. Jeneralmente, datos de esta naturaleza son leídos por nuestro público sin darles mayor importancia, gracias a la ignorancia en la materia o al soberano desden que se siente por lo que no se entiende ni se adivina. El lector comprenderá que los que nos ocupamos de bellas artes i que hemos pasado la mitad de nuestra vida en los talleres donde se esculpe, se pinta o se graba toda clase de estatuas, cuadros, medallas o medallones, no podemos leer con la indiferencia que los profanos al arte, datos que nos son tanto mas preciosos cuanto que nos recuerdan, como lejana armonía que el viento trae a nuestros oídos, los años felices que pasamos en ese inolvidable *cartier latin*, punto de reunión de los artistas del universo. En ese *barrio latino* hemos conocido i tratado familiarmente a mas de una de esas mujeres varoniles, que no les arredra el polvo del mármol, cuando con brazo robusto devastan sus estatuas, ni el aceite o mal olor de los colores con que pintan sus cuadros, porque bien saben que de esas obras depende su renombre de artistas i el ganar desahogadamente la subsistencia, sin verse obligada a vender su amor para no morir de hambre en ese foco donde impera la opulencia a la par que la miseria mas espantosa. En ese barrio latino o de los estudiantes, como lo llaman otros, viven, o por lo ménos han vivido, la mayor parte de esas mujeres de que se compone la estadística a que aludimos, porque en él están los mejores talleres i museos donde se estudia el arte bajo la dirección de eximios maestros que prodigan sus sabias lec-

ciones con paternal cariño, como verdaderos apóstoles del culto de la belleza.

No hai colejio particular o escuela pública en el barrio latino (como en todo Paris), por insignificante que sea, donde no se enseñe dibujo natural i de una manera hasta cierto punto obligatoria a todos los niños i niñas que a ellos asisten, desde que principian a estudiar el silabario. A mas de ser la infancia la edad en que todo se aprende sin gran esfuerzo, es tambien la época en que la criatura revela inclinacion por tal o cual cosa, es decir, hace sentir su vocacion por el oficio o carrera con que mas tarde debe ganar su vida.

Siendo el dibujo la base de las bellas artes, i enseñándose en Paris este ramo a las niñas desde su mas tierna edad, nada es mas natural que éstas, al salir del colejio, si sienten vocacion por la pintura o la escultura, continúen su carrera hasta llegar a perfeccionarse en el taller de su predileccion. De ahí resulta que la capital de la Francia cuente en la actualidad el considerable número de 2,150 mujeres que rivalizan con los mejores artistas tanto nacionales como extranjeros, sea cual fuere la escuela a que pertenezcan.

I téngase presente que Paris, dígase lo que se quiera, apénas cuenta dos millones escasos de habitantes. No olvidemos tampoco que la estadística en cuestion solo comprende a las mujeres que viven del trabajo de sus manos, sin tomar en cuenta la infinidad de mujeres ricas, que por la alta posicion social que ocupan, aunque hagan verdaderas obras maestras no pueden exhibirlas al público, so pena de pasar por *el deshonor* de ser mujeres pobres que viven o trabajan para comer, cosa que no seria *comm' il faut*. A éstas pertenece la señora duquesa Colonna de Cartiglione, muerta hace pocos meses en Castellamare, que jamas quiso firmar sus bellas estátuas i bustos sino con el seudónimo de «Marcello.» Si sobre dos millones escasos que cuenta Paris, hai 2,150 mujeres artistas, en Chile, cuya poblacion es, segun el último censo, de 2.319,264 habitantes, ¿cuál será el número de nuestras jóvenes artistas? ¿Quereis saberlo, señores? Pues bien, os lo diremos, mal que pese a nuestro patriotismo i decantado pogramo; hai *una sola*, i esta es la señorita LUCRECIA CÁCERES; primera jóven que, principiando por estudiar el dibujo, no sabemos si de pura aficion o con maestro, no ha trepidado en recibir lecciones de escultura de uno de nuestros condiscípulos i amigo. Sí, es ella, es la señorita Cáceres la primera jóven entre nosotros (al ménos que exista otra

que no conozcamos), que con un coraje poco comun en su sexo, ha tomado la escultura como una profesion para vivir, modelando la greda, retocando el yeso i devastando el mármol.

Nunca olvidaremos la grata impresion que recibimos a nuestra llegada a Europa, al ver por vez primera los museos llenos de mujeres artistas, haciendo copias de estatuas, bajo relieves, cuadros colosales o en miniatura. Al salir de Santiago, ni siquiera nos imaginábamos que la mujer fuera tan competente como el hombre, puesto que hasta entónces no la habíamos visto emprender esas obras, i aun, que llegara a disputarle a éste la palma en el vasto campo del arte.

Creíamos que la mujer europea debia ser la nuestra, buena solo para los quehaceres del hogar doméstico, i cuando mas (como esta misma), para tocar un poco el piano i trabajar algunos bordados con mas o ménos prolijidad i paciencia. Pero, ¿cuál seria nuestra sorpresa al encontrarnos con hombres jóvenes, robustos i en toda la fuerza de la intelijencia, desesperados por no poder llegar a imitar con la perfeccion i maestría del orijinal de un hermoso cuadro de Rosa Bonheur, una estatua de madamme Berteaux o una medalla de la señorita Alice?

Confesamos que en presencia de tan grata realidad sentíamos el corazon henchido de placer i nos prometíamos que de vuelta a la patria seríamos los apóstoles mas infatigables en predicar el culto del dibujo que, como ya hemos dicho, es la base de tan noble arte. Nos imaginábamos tambien, en medio de nuestro entusiasmo, que gracias a nuestros esfuerzos, el dibujo iba a ser obligatorio en nuestras escuelas públicas i privadas, de las cuales saldrían muchas de nuestras jóvenes intelijentes con los conocimientos necesarios para marchar con paso seguro por esa senda florida del arte que conduce a la opulencia i a la inmortalidad. Nuestro entusiasmo i nuestras promesas de trabajar en ese sentido se duplicó un dia que presenciámos la siguiente escena, de la cual salimos^s garantes.

Atravesábamos el *Puente de las artes* en direccion al museo del Louvre en Paris i por el camino encontramos a un compatriota nuestro que se dirigía al Louxembourg, museo tambien de pintura i escultura. Despues de saludarle, le preguntamos familiarmente i a la chilena:

«¿Para dónde bueno?»

Al museo de Louxembourg, a ver un poco las obras de arte.

—Pero está mas cerca el Louvre.

Verdad, pero en el Louxembourg hai una jóven que está haciendo una copia con admirable perfeccion de un cuadro de Monvoisin, el pintor que tan buenos recuerdos dejó entre nosotros como retratista, i voi diariamente a verla trabajar porque desearia comprarle dicha copia, si ella quisiera venderla.

—Pues vamos a preguntarle.

—No me atrevo: temo ofenderla con mi proposicion.

—No tema usted, que en Paris, como en cualquiera otra parte, una artista se ofenda por que usted le propone comprarle su obra. Todas las mujeres i hombres que trabajan en los museos o en sus talleres lo hacen solo con el objeto de vender sus obras a quien se las pague mejor.

—Pues vamos; usted me sirve de intérprete.

—Con mucho gusto.

Un momento despues nos sentábamos en un sofá a dos pasos de la jóven que estaba terminando la copia del cuadro en cuestion. Esta trabajaba con tal desenvoltura i maestría, como si contara muchos años de práctica profesional, lo que no podia ser, puesto que apénas rayaba en los veinte abriles i por mui precoz que fuera, no habria salido del colejio ántes de los quince, segun la costumbre de ese bendito pais en que tanta importancia se dá a la educacion de la mujer. Cumpliendo, pues, con la promesa hecha al expresado señor, de servirle de intérprete, nos dirigimos a la jóven artista i le preguntamos lo que pensaba hacer con la copia que estaba terminando.

—Señor, contestó con la encantadora sonrisa parisiense, haré con ésta lo que hago con las demas: si ántes de terminarla no la vendo aquí mismo, la llevo a cualquier almacen de objetos de arte, donde pago el diez por ciento de comision sobre el precio en que se venda i que yo misma determino, si es que el comerciante no me la compra por su cuenta.

—Si no es indiscrecion, señorita, ¿quiere usted decirnos en qué precio piensa venderla?

—Aquí, señor, en quinientos francos, i en el almacen en quinientos cincuenta, por el diez por ciento de comision.

—Pues bien, señorita: preferimos comprar aquí su copia por no ir al almacen, que suponemos debe estar un poco léjos.

—En efecto, señor, está a unos cincuenta pasos de distancia. Si usted me da su direccion, mañana puedo mandar el cuadro a casa de usted, porque hoi queda terminado.

—¿I tiene usted otros cuadros en su casa que poder vender?

—Sí, señor, si usted desea verlos, aquí tiene mi tarjeta.

Recibí su tarjeta dándole las gracias i leí lo siguiente: *Mademoiselle Cousteaux, artiste peintre donne de leçon de peinture et desine a domicile et dans son atelier.—Rue de Valde Grace, núm. 13.*

Al día siguiente fuimos al taller de la artista un poco ántes de la hora convenida, espresamente para sorprenderla en su vida íntima, en su vida de artista i de taller. La encontramos dando lecciones de dibujo a dos hermanitas suyas, la mayor de las cuales no pasaba de doce años. Suplicamos a la jóven no interrumpiera su clase i que miéntras tanto nos permitiera ver sus trabajos, cosa a que ella no se negó. Al cabo de un instante entró una señora como de cincuenta años, que reconocimos ser la madre de la artista por el notable parecido entre una i otra, apesar de estar la señora casi enteramente ciega.

Entablamos conversacion con ella i con sorpresa supimos que la niña era la dueño de casa, la que mantenía a toda la familia i le daba la educacion necesaria. Dos hermanos hombres gemelos de 14 años estaban de internos en un colejio, i era la jóven quien con su trabajo pagaba la pension de ellos, la que no bajaba de 150 francos al mes. La señora nos condujo a un saloncito modestamente amueblado i casi a tientas nos mostró un cuadro, diciéndonos:

—Este es el retrato de mi marido, pintado por mi hija hace dos años i cuando estaba todavia vendiendo salud, sin que nada hiciera presajiar que dentro de quince días me dejaria viuda i a su familia en la horfandad; pero gracias a Dios i a la buena educacion que dió a mi hija, ésta nos ha salvado de la miseria con el trabajo de sus manos. ¡Pobre mi marido! qué bien se cumplieron sus pronósticos! «Yo quiero, decia, que mi hija aprenda mas a dibujar que a tocar el piano, que a coser o que a bordar; profesoras de piano hai muchas i habria mas si todas al salir del colejio tuvieran un piano en que ejercitar las lecciones; pero este instrumento cuesta caro, i por consiguiente no está al alcance de todas las muchachas pobres. En cuanto a la costura i al bordado, no gana una niña, por mai lijera que sea, lo suficiente para vivir con desahogo; miéntras que aprendiendo a dibujar puede, andando el tiempo, llegar a pintar o a esculpir con mas o ménos perfeccion, i aun cuando solo aprendiera a dibujar, haciendo clases de este ramo ganaria mas que en cualquiera otra ocupacion mujeril.» Por eso, señores, no se cansaba de aconsejar a mi hija i estimularla de mil

modos para que tomara gusto por el dibujo en el colejo. Tambien la pagaba profesor en la casa, el cual hacia clase a la niña úntes que ésta se fuera al colejo.

En este punto de nuestra conversacion estábamos cuando entró la jóven, i a fé que aunque no era buena moza la encantramos tan simpática, por las virtudes que de ella nos acababa de relatar su anciana i enferma madre, que de buenas gana hubiéramos estampado sobre su pulida frente el casto beso a que la tenia acostumbrada su padre cuando la encontraba dibujando, aprendiendo a ganar abundantemente el pan con su trabajo para repartirlo con su familia cuando llegara el turno de reemplazarlo, el cual en su agonía i al exhalar el último suspiro debió experimentar el consuelo de que gracias a su hija esas pobres criaturas, que eran esencia de su corazon, no perecerian de hambre en la tierna edad en que él las dejaba.

Despues de una minuciosa revista a todas las obras que el pincel de la jóven habia creada o copiado; nuestro compañero compró dos mas aun: ¡tenia dinero suficiente! Podia haber comprado otros dos cuadritos que le indicábamos, sin que su capital sufriera gran menoscabo. Nosotros no pudimos comprar ninguno porque nuestra bolsa estaba vacía como de costumbre, al aproximarse el dia primero, época deseada en que volvíamos a llenarla con los 50 pesos que el Gobierno nos mandaba pagar religiosamente por medio del cónsul, señor Fernandez Rodella, o del Ministro señor Blest Gana; pero nos contentamos con pedir *la llapa* por lo que compraba el otro. Esta *llapa* consistia en un dibujito al lápiz, apénas delinado, i representaba un niñito en una cuna.

La jóven nos miró tristemente, diciéndonos: «¡Imposible señor!». Ese dibujo es el retrato de mi hermanito menor, muerto hace ya ocho años i es el único que conservamos de él; pero tenemos un facsímil que papá mandó hacer a un grabador i del cual se tiraron 1,500 ejemplares con el objeto de satisfacer a los amigos i aficionados al arte, a quienes llama siempre la atencion ese pequeño trabajo hecho durante una hora de pasatiempo. Aquí tiene usted un ejemplar: sírvase aceptarlo», lo que hicimos con mucho gusto, dándole las gracias. El dibujo era bosquejado maestramente.

Tal es la escena de la que no solo somos testigos oculares sino tambien principales actores, porque nuestro compañero, ya sea por su modestia habitual, que hoi no nos permite ni siquiera publicar su nombre, o por su poco conocimiento en el idioma, permanecia casi siempre en silencio.

Como esta niña hai por lo ménos 2,150 en Paris, viviendo desahogadamente de su trabajo, manteniendo i educando a sus hermanos, sirviendo de báculo a sus ancianos padres i conservando ellas mismas su propio honor.

En vista de tales ventajas producidas por el arte, sentíamos el deseo i nos hacíamos el propósito de que una vez vueltos a la patria, a esta querida lonja de tierra en que nacimos, trabajaríamos sin descanso i levantaríamos nuestro grito hasta las nubes para pedir en nuestras escuelas públicas o privadas la enseñanza del dibujo natural, de paisaje, de ornamentacion i de cada ramo que encierra el arte sublime de reproducir la naturaleza en todas sus formas, en todos sus cambiantes colores. Pero ¡ah! nuestra débil voz se pierde en el espacio; predicamos en desierto, nadie nos oye, nadie nos secunda.

Hasta nuestros amigos cronistas cierran los oídos cuando les pedimos nos publiquen o reproduzcan nuestros pobres artículos, que si es verdad carecen de mérito literario, no es ménos cierto que encierran verdades a la manera de las de Pedro Grullo i que puestas en práctica serian utilidad i progreso moral e intelectual para el país. En cambio, nos llenan el diario relatando pependencias de perros o de verduleras, que lo mismo dá, o bien con largos artículos que describen minuciosamente hasta la mas insignificante flor o adorno de la *toilette* de la primera, segunda o cuarta novia de Alfonso XII o cualquier otro personaje europeo que maldito lo que nos interesa. *¡Oh tempora, oh mores!*

Pero dejando en paz a nuestros amigos cronistas, que si por una *gran casualidad* llegaran a leer entero nuestro artículo (cosa que no harán por temor de una indigestion), no carecerian enteramente de razon para tratarnos de ingratos, terminemos con nuestros educacionistas i padres de familia a quienes igual responsabilidad incumbe en la educacion de las niñas.

Diariamente vemos publicar en las columnas de los diarios, i hasta en hojas sueltas, el pomposo programa de los ramos que enseñarán en sus respectivos establecimientos durante el año escolar. Entre esos ramos rara vez falta el famoso latin, el griego, el árabe, el chino, el sanscrito, el piano, la flauta, la danza i qué sé yo; pero rara vez tambien forma parte de esos ramos el dibujo natural. I ¿por qué razon no figura el dibujo en primera línea? Porque éste es algo desconocido entre nosotros, i se le considera cosa supérflua, cosa de lujo. Considerado el dibujo de un modo tan despreciable, es decir, no siendo comprendida su importancia i su

mision en la sociedad, o ni se piensa en él, o se le posterga para mas tarde.....

Conclusion lójica.

El Gobierno, no conociendo la importancia del dibujo, no lo hace tampoco enseñar en todas las escuelas de la República; los educacionistas particulares lo mismo; los padres de familia no lo reclaman para sus hijos, i éstos, aunque tengan aptitudes para llegar a ser un Miguel Anjel, un Rafael o un Bramante al salir de los bancos de la escuela, van a instalarse en los bancos del zapatero, del carpintero, del herrero, del sastre, etc., profesiones modestas que no tienen nada de desdorado, en verdad, pero que tampoco dan campo vasto a la imaginacion i rara vez consigue hacer su fortuna el que las cultiva. ¿Qué sucede con las niñas que han nacido con el jérmén del arte en su corazon, al salir del colejio? Apénas tocan un poco el piano, saben hacer algunas pñuetas, bordar un pañuelo o coser una camisa. La que no tiene piano en su casa para continuar estudiando olvida pronto las lecciones del colejio; lo que no olvida es el bordado i la costura, porque si es pobre tendrá que trabajar de la mañana a la noche para ganar escasísimamente el pan del dia. Sucederiale lo contrario si en el colejio hubiera aprendido dibujo. Cuatro o seis clases de este ramo en casas particulares le proporcionarian deshogada subsistencia, i andando el tiempo podria llegar a pintar como Rosa Bonheur, a modelar una estátua como Madame Berteaux, a gravar una medalla como la señorita Alice, i en una palabra, trabajar con descanso, vivir cómodamente i honrar a su patria haciendo resonar su nombre de artista distinguida hasta en el extranjero.

NOTICIAS sobre las Bibliotecas francesas, tanto populares como escolares.

I.

BIBLIOTECAS POPULARES.

El ministro de comercio respondia con mucha justicia hace algunos dias a los defensores desconsolados de los intereses agrícolas, que la mejor proteccion para la agricultura seria la institucion séria en los campos de una enseñanza especial i técnica.

Lo que M. Girard ha dicho de la agricultura puede igualmente ser aplicado a la industria. Nuestros obreros son insuficientemen-